

---

# Pedro Castera: una vida subterránea

Antonio Saborit

## El gigante

Un auténtico museo de excéntricos mexicanos tal vez fuera idea de la enigmática e informal sociedad de los miércoles que presidía Guillermo Prieto —cura y antídoto para su melancolía, o bien un motivo de orgullo y felicidad—. Esta función le dio Edith Sitwell al elenco de personajes raros y maravillosos que reunió en su libro *English Eccentrics*. El caso es que el trato o la convivencia con la rigidez natural de las espléndidas, dolientes, inconformes piezas de nuestra rica excentricidad comportaría un fabuloso servicio a la trama del autoritario México del siglo XIX.

Vienen al caso algunos ejemplos. Ignacio Cumplido, por su actividad, estuvo a punto de descubrir el movimiento perpetuo. En la azotea del que fuera el Hospital Real de Naturales, fundado en los tiempos de Carlos V, improvisó con macetas y cajones un jardín de flores exquisitas y una galera para disecar aves. Montó su casa junto a la maquinaria de su imprenta. Habrá quien diga que no menos extravagante que fundar revistas y periódicos fue meter la literatura en ellos.<sup>1</sup> Otro es el de José María Ramírez. No obstante su amor por la literatura y los perros, aunque más bien parece que por eso mismo, abandonó la carrera de abogado a punto de obtener el título para ocupar una diputación a los veintisiete años, y más adelante combatió con las ar-

mas a los franceses. Cuando se sentaba a escribir sus novelas de amor, se pegaba antes en la frente una oblea roja, otra blanca y la última verde. A nadie le importó que sus obras llevaran títulos como *Ellas y nosotros*, *Una rosa y un harapo* o *Mi frac*. Cada vez que concluía un capítulo realizaba una especie de acuerdo con su perro, Alí, tan entendido, decían los amigos de Pepe “el Viejo” Ramírez, que durante la lectura prestaba inalterable atención. Sólo en las escenas patéticas movía de un lado a otro la cabeza y sacudía la oreja izquierda. Alí, en realidad, también estaba un poco chiflado.<sup>2</sup>

Anda por ahí Joaquín de la Cantolla y Rico, el aeronauta de sombrero alto de seda y copa, a quien la pasión del miedo lo hizo realizar sus numerosas ascensiones en el parchado globo de tafetán que solía bajarlo, ya sin gas, en alguno de los llanos que rodeaban a la ciudad capital. Descensos, por cierto, que lo dejaron tan contuso como un Cristo de vitral. No muy lejos de estas gustadas acrobacias matutinas, las cuales suscribían generosamente con inexplicable deleite unos cuantos, rondaba el acaudalado congresista norteño Jesús E. Valenzuela —con su capa española y su chambergo felpudo de poeta diletante—. Suya fue la manía de construir palacios. “Levantaba alcázares y los decoraba suntuosamente” —como fue el caso de la casa que compró a Luis G. Ortiz en San Pedro de los Pinos, o bien el de las oficinas que él mismo montó para Re-

*vista Moderna* en el entresuelo del edificio ubicado en una esquina de Plateros y Bolívar—

y los alhajaba espléndidamente con alfombras tejidas de Ispahán, con brocados y telas de Oriente, con bronce y mármoles y cuadros de firmas ilustres, con cristales venecianos y porcelanas de Sèvres y de Sajonia, con tapices y tibores de China, con lacas y biombos japoneses... todo auténtico y adquirido a gran precio para embellecer las fiestas espléndidas en que el poeta, entre una pléyade de intelectuales y artistas, de viejos guerreros veteranos y jóvenes corifeos acaudalados y sonrientes, coronaba de rosas su cabeza altanera y bebía el champán rosa en copas de Bohemia en loor de Salambó fébea, de la enamorada solitaria, apasionada y triste, que abría los ojos ojerosos y lánguidos en el lecho del núbida, ¡rendida de mucho amar!

según el recuerdo de Rubén M. Campos. No menos excentricidad hizo falta para sufragar los gastos de otra publicación de culto, *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, si bien otras vulgaridades de Valenzuela, como las correrías en el burdel de Aurelia o las juntas interminables en su bar predilecto, el de Stanislao Wondracek, lo hermanaban con los porfiristas eminentes.<sup>3</sup>

Pedro Castera no fue el mayor aunque sí uno de los excéntricos menos conocidos del siglo XIX. Por principio de cuenta siempre lució como un gigante para los suyos, lo que le trajo solemnes comparaciones con Pantagruel y Milón de Crotona. Su retórica era melodramática y atormentada y tenía una animada buhardilla en la que recomponía el gasto de sus frecuentes indigestiones. Además era bilioso, no obstante la serena dignidad de su cuna masónica, y prefería a cualquiera los lances de vecindad, en cuyos álbumes desgranó amantísimas silvas. Era majestuoso como el *Centenario* de Balzac, comentó alguien con sorna desde las páginas de una de las publicaciones del día. “Es un hombre cuyo peso bruto supera al de Comelli. Sus miembros de acero causarían envidia al Hércules jónico y sus formas atléticas desconsuelan a los herma-

nos Leotard.” Una ocasión, no la única, en un zafarrancho en las tandas arrojó una banca de patio contra el escenario y las bailarinas. Tomaba cápsulas de fósforo para acceder a los pozos secretos del talento, y alguna vez, en el circo Orrín, una muchacha lo hizo a un lado diciéndole: “¡Hiede usted a cerillo!” Vivió una temporada en San Hipólito, hospital para dementes. Escribió en detalle sobre la vida de los mineros, lo cual lo convirtió en el primer narrador del rico subsuelo mexicano. El espiritismo fue su pasión. Ya en los años ochenta del pasado siglo, los rubores románticos de Castera pasaban por verdaderos dislates.<sup>4</sup>

### El movimiento de las mesas

“Pobre sería el mundo sin las puntadas de los clérigos”, escribió V.S. Pritchett.<sup>5</sup> Pero apenas conoce las dimensiones de su ignorancia quien no tuvo la fortuna de escuchar lo que la familia más cercana esperaba que uno mismo cumpliera con el paso de los años.

El gusto por el subsuelo en este caso le llegó por vía paterna. Pero quizá ni falta habría hecho. Pedro Castera nació el 23 de octubre de 1846 y murió el 5 de diciembre de 1906. Hijo de José María Castera, alguna vez secretario del Tribunal de Minería y tesorero de la Escuela Nacional de Minas, hizo sus primeros estudios en la escuela del ex convento de San Francisco de la ciudad de México, y en 1855, con el destanque que provocó la caída de Antonio López de Santa Anna, suspendió sus estudios en el colegio de Pedro Delcour. Seis años después, desplazado por la guerra de Reforma, Castera se empleó en una fábrica de pólvora en Michoacán, al mismo tiempo que estudiaba matemáticas en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo. Causó alta en el ejército para luchar contra la intervención francesa, estuvo en el sitio de Querétaro, el general Manuel F. Loera le confirió el grado de comandante, fungió como regidor de policía de la ciudad de Querétaro, al parecer estuvo a punto de ocupar una curul en la Cámara de Representantes del mismo estado, y en 1867 entró a la capital del país en las filas de las fuerzas libertadoras. Inició entonces sus es-

tudios formales de química y mineralogía. Cuenta la leyenda que Castera perdió en amores con Margarita del Collado —lance cuyas marcas, como buen romántico, no le molestaba exhibir—, a la vez que obtenía del gobierno un privilegio para extraer nitro artificial y fabricar alcohol por medio de un sistema de su propia invención. El caso es que entonces se empleó en los reales mineros de San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Guerrero, Michoacán y Guanajuato. A la luz de episodios tan tristes como el del insufrible poema épico *Zaragozaida*, cuyo autor Francisco Granados Maldonado pretendía ver impreso a cuenta del gobierno de Benito Juárez, hay que agradecer que Castera se dejara llevar por su excéntrico carácter hacia el fondo de los túneles al solicitar para sí, casi a cuenta de sus haberes retenidos durante la guerra, los dichos privilegios.<sup>6</sup>

La década de los setenta, a su regreso a la capital, fue para Castera el comienzo de una vida a media luz al amparo de las prácticas del espiritismo. Se diría que a partir de entonces la suya fue casi verdadera vida subterránea, si no fuera porque ni su vida ni la identidad de los espiritistas eran un verdadero secreto.

El espiritismo, al igual que el liberalismo clásico del siglo XIX, tuvo su cuna en la provincia. Guadalajara fungió como centro de los primeros grupos espiritistas de la república en la década de los cincuenta y ahí vieron la luz algunas traducciones de Allan Kardec —como *Qué es el espiritismo*, *Caracteres de la revolución espírita* y *El espiritismo en su más simple expresión*—, realizadas por los mismos adeptos. A la vez, los “círculos evocadores” de Guadalajara apoyaron durante 1869 el bisemanario *La Ilustración Espírita*, editado por Benigno Sánchez. Guanajuato, no obstante burlas y anatemas, fue sede de la segunda época de esta publicación desde mayo de 1870, bajo la supervisión de S. Serrano. El obispo de Querétaro prohibió entonces el uso del magnetismo, de las mesas giratorias, de la llamada mediumnidad curativa, así como de todas las doctrinas y prácticas espíritas, y conminó a los sacerdotes a oponerse a este culto. Como en Francia, aquí también se les vio como “conspiradores de baja esfera que se complacen

en tener infames complots en la oscuridad”.<sup>7</sup> Y aunque algunos círculos suspendieron sus trabajos por no exponerse, un puñado de amigos lanzó en “esa entidad anómala de la federación” que era la capital de la república restaurada a principios de 1872 la tercera época de *La Ilustración Espírita*.<sup>8</sup> De hecho, la revista expuso y abogó desde la capital la causa de una naciente casta de fieles-científicos de alquimia y relicario prestados: el patriotismo espiritista. Preocupación o divertimento de élite —aunque de la élite no tanto del dinero como de las letras—, el espiritismo en México vivió un tiempo de grave y decidido empuje propagandístico durante los años setenta antes de sumergirse en el caudal porfiriano con una clara vocación ética. Los entusiastas nunca cambiaron, apenas migraban de un lugar a otro enlazados, como estaban, a sus envoltorios mortales.

Manuel Plowes y Refugio I. González, generales, junto con el civil Santiago Sierra, fundaron en agosto de 1872 la Sociedad Espírita Central de la República Mexicana, redactaron su credo religioso y filosófico así como un extenso reglamento provisional y en enero de 1873 echaron a andar otra publicación, *La Luz en México*. El general Sóstenes Rocha los respaldó desde su periódico, *El Combate*, y lo mismo hicieron Gustavo Gostkowski y Alfredo Bablot desde *El Domingo* y *El Federalista*, respectivamente. Más aún, en marzo de 1873 se formó la Sociedad Espírita de Señoras, integrada por entusiastas como Esther Plowes, Soledad Manero de Ferrer y Amalia Domingo y Soler.<sup>9</sup> Ya entonces la ciudad de México contaba con diez círculos y sociedades espiritistas que reconocían a la Sociedad Espírita Central, y la villa de Tacubaya contaba con cinco, dos más que Guadalajara en esa misma fecha. Guanajuato, San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey y Tampico contaban al menos con un centro, todos gobernados por un rito y, lo más importante, por el propio archivo del círculo.

Castera llegó entonces a *La Ilustración Espírita* no como escritor sino como médium de *La Luz*, uno de tantos círculos espiritistas de la ciudad de México, éste presidido por el citado general González.<sup>10</sup> Y en lo primero sobre lo que plantó su firma fueron los testimonios de sus

comunicaciones con el más allá. Manuel de Olaguíbel, colaborador de *La Ilustración Espírita* —en cuyas páginas dio a conocer entre otras cosas alguna traducción de Henry Wadsworth Longfellow— y tan espiritista como su amigo Castera, tal vez se encargó de presentarlo a Gostkowski y Bablot, y así empezó a colaborar en *El Domingo* y más adelante en la edición literaria de *El Federalista*.<sup>11</sup> El caso es que en estas páginas Castera dio a conocer sus primeros relatos. “Un viaje celeste”, por ejemplo, publicado en el espacio de Gostokowski el primero de diciembre de 1872, es la parodia reverente de un tipo de anécdota más o menos común en las gacetillas espíritas. O “Ultratumba”, publicado en las páginas literarias a cargo de Bablot en mayo de 1874, con dedicatoria a Santiago, hermano de Justo Sierra y promotor decidido de esta tendencia espiritista en México, narra el trance más común y en cierto modo podría tratarse de la experiencia iniciática del propio Castera. Y si Olaguíbel —senior literario de Castera en algunos aspectos— sostenía que “la literatura escogida de nuestros días es evidentemente realista”, falta muy poco entonces para apuntar que el espiritismo, a fin de cuentas, condujo a Castera hacia el realismo de sus cuentos mineros. Pero esto último aún debió aguardar por la fecundación del tiempo.

Antes se ocupó en la composición de una personal “Profesión de fe”, más bien inusitada a la luz de lo que publicaba *La Ilustración Espírita*. Breve y clara, esta declaración era el resumen de un credo generalizado entre los ya cientos de adeptos que día tras día ensayaban la manera de subvertir el orden de lo aparentemente fatal y dado. Ahí fue donde Castera dijo que creía en dios y en la pluralidad de los mundos habitados, en la inmortalidad del alma y en la pluralidad de sus existencias, en que “el alma al desprenderse del cuerpo puede entrar en comunicación durante su permanencia en el espacio, con las almas encarnadas o seres humanos que habitan la tierra”. Creo en el espiritismo, escribió Castera, como religión y como ciencia; y lo explicaba:

Como religión porque su base es el cristianismo puro, el Evangelio predicado por el mártir del Gólgota, limpio de todas esas

manchas que los papas y el fanatismo han arrojado sobre él. Como religión porque enseña los principios absolutos del bien, de la moral y de la caridad universal. Como ciencia porque encierra las reglas más precisas y las demostraciones más lógicas, para probar al hombre la inmortalidad del alma y la existencia de la Divinidad. Como ciencia porque ella nos da los medios para entrar en comunicación con las almas del mundo visible, probando así que la palabra muerte debe borrarse de la página inmortal de la Creación.<sup>12</sup>

Durante todo el mes de abril de 1875 —año por cierto en el que Castera publicó su primer cuento minero— la influencia del espiritismo sobre las artes, las ciencias y la literatura fue objeto de un largo argumento analítico y loco que empezó en el antiguo salón de sesiones del Liceo Hidalgo. El asunto acabó en sesiones abiertas realizadas en un abarrotado teatro del Conservatorio para discutir los fundamentos de la verdad o falsedad de la doctrina espírita. Ignacio Manuel Altamirano pintó su raya en esta discusión: el espiritismo, dijo, era una filosofía avanzada, pero su corte *jalas!* era religioso. Y fue inútil que José María Vigil, uno de los principales defensores de la tradición democrática y constitucional mexicana, alguna vez parte de la junta directiva de la Sociedad Espírita Central, le dedicara un poema a Altamirano para persuadirlo de la existencia del más allá, como rezaba el título del poema.<sup>13</sup> Gabino Barreda, desde luego, participó en este campeonato de oratoria del mismo lado que los escépticos o científicos, como se les llamó sin respeto frente al público mayoritariamente femenino que abarrotaba el teatro. Ignacio Ramírez veía en el espiritismo una zarzuela mientras que José Martí estaba más cerca de sus amigos espiritistas que del materialismo del tribunal que ahí presidió Francisco Pimentel. Hasta el impasible Francisco Sosa escribió un cuento en esta cuerda: “El sueño de la magnetizada”.<sup>14</sup>

“El espiritismo está en el aire”, sostenía Sierra al leer el poema de Francisco G. Cosmes a la muerte de Manuel Acuña,

las inteligencias elevadas se penetran consciente o involuntariamente de ese influjo universal, y la mortalidad del alma se eleva cada día más en el terreno filosófico a esas alturas inaccesibles para el materialismo, donde, por decirlo así, la contemplación suprema de la verdad se refleja espléndidamente en la vida, en el corazón y el pensamiento de los hombres.<sup>15</sup>

La sociedad espiritista constituyó una de las nuevas asociaciones intelectuales del México moderno. Era un espacio no sólo con profundas raíces liberales sino además con un discurso unitarista que bien pudo permear al discurso político del liberalismo doctrinario durante el porfiriato, es decir, el vocabulario restauracionista y la obsesión asimismo unitaria en torno al legendario Partido Liberal, así como permeó al vocablo que expresaba todas sus fobias: la tiranía, del signo que fuese. Y como la gente de letras era mayoría en este espacio, fue inevitable que asumiera un par de rasgos característicos. En primer lugar, cierta inclinación libresca. En la ciudad de México se conseguían *La Revue Spirite* de Francia y *The Banner of Light* de Estados Unidos, *Licht des Jenseits* de Alemania y *O'Echo d'Alem-túmulo* de Brasil, *The Spiritual Times* de Inglaterra y *La Revista Espiritista* de Uruguay, *Criterio Espiritista* de España y *The Harbinger of Light* de Australia. Más aún, desde los años setenta la causa espírita tuvo locales especializados para la venta de su literatura, como el expendio de libros de Gregorio Cortés, en la calle de San Francisco, la imprenta Bohemia Literaria, en el número 8 del Portal del Coliseo Viejo, la casa marcada con el número 4 de la calle de Santa Inés, o finalmente el 1½ de la calle del Ángel, a la postre el único lugar para suscribirse a *La Ilustración Espírita* o a la efímera *Luz de México* o comprar los clásicos de H.D. Rivail, mejor conocido por el pseudónimo Allan Kardec: *El libro de los médiums* y *¿Qué es el espiritismo?* Enviado a México por la revista de mayor prestigio y circulación entre los cofrades y amigos en Estados Unidos, *The Banner of Light*, Henri Lacroix observaría satisfecho desde su habitación en el cómodo y elegante Hotel Gillow

la filiación kardecista de la causa espírita en México.

Gracias a este Lacroix —autor de *Mes expériences avec les esprits* y *L'homme dans sa chute*, y a quien pasearon los mismos que reimprimieron en varias ocasiones su artículo en *La Ilustración Espírita*— se sabe que había dos salones muy importantes en la ciudad de México. El de Hipólito Salazar, amplio, activo noche tras noche, en el que una médium,

en éxtasis anormal, era el “instrumento de algunos espíritus desgraciados para relatar sus infortunios solicitando su esclarecimiento, oraciones y simpatía, con el lenguaje propio de aquellos seres de ultratumba que no tienen mayor inteligencia o que andan vagando por la masa de ideas teológicas.

El otro salón era el que gastaba en su propia casa una estadounidense de origen, Laureana Wright de Kleinhans, y por cierto asidua colaboradora en la edición literaria del periódico *El Federalista* y eterna enamorada del autor de *El diablo en México*, Juan Díaz Covarrubias, aunque, como lo dijo en un poema a la memoria de este escritor, jamás en la tierra sus ojos pudieron verle.<sup>16</sup> Ella misma escribió numerosos poemas a la memoria de Miguel Hidalgo y agregó el retrato del prócer a las imágenes principales del círculo espírita y del claustro familiar. Además, la ciudad de México contaba también con un médium fotógrafo al servicio de estos espiritistas, Antonio Carriedo. Más a tono con el ánimo positivo del siglo de lo que se cree, los espiritistas conformaron un grupo al que movía una mezcla de nacionalismo y, en efecto, de espiritualidad. Algunos de los llamados científicos del porfiriato, pero más que nada, muchos de los futuros opositores a la dictadura que entronó en el poder a varias generaciones de mexicanos, se juntaron por primera vez a media luz alrededor de una mesa parlante.

El otro rasgo conspicuo de nuestros espiritistas fue el cosmopolitismo, rasgo que dejó sus más claras huellas sobre la pista de la llamada literatura nacional, o su tan condenada y mal

vista vocación internacional —castigada después con el adjetivo de afrancesada—. Una de las notas más crípticas de *La Ilustración* debió ser la que informaba del caso de un obrero inglés a quien visitó el espíritu de Charles Dickens y en una semana escribió cerca de mil páginas como remate a la novela inconclusa *The Mystery of Edwin Drood*.<sup>17</sup>

## Nostalgia de cielo

Los años setenta, además de señalar el comienzo de una vida que se desarrollaría en la incisa claridad de las prácticas del espiritismo, llevaron a Pedro Castera al fondo de la vida literaria en la ciudad de México.

Por cierto que la experiencia literaria —en la prensa, el único espacio cuyos protagonistas ilustraron— ofrecía otro tipo de vida subterránea: la del cuentista o poeta al parecer eventual; y Castera la vivió no sólo en *El Domingo* de Gustavo Gostkowski o en la sección que Alfredo Bablot tuvo a su cargo en *El Federalista*, sino también en *El Teatro* —Manuel María Romero, Juan A. Mateos, Celestino Díaz y Francisco Cosmes, redactores—, en *El Radical*, *El Eco de Ambos Mundos*, *El Artista* y la *Revista Mensual Mexicana*. El episodio impulsó la carrera de Castera pues ahí dio forma a sus libros: *Ensueños*, publicado en 1875, o los relatos de *Las minas y los mineros* e *Impresiones y recuerdos*. Otros hechos notables en la biografía de Castera durante los setenta: la fundación del Círculo “Gustavo Adolfo Bécquer” —con Agustín F. Cuenca, Manuel Gutiérrez Nájera y Anselmo de la Portilla, hijo— y la obtención de una licencia en 1879 para beneficiar metales en Taxco, por medio, claro, de invento propio.

Editado por Filomeno Mata, dirigido por Ignacio Manuel Altamirano e Hilario S. Gabilondo, con ayuda de Juan de Dios Peza y el propio Castera, el diario *La República* fue uno entre varios que nacieron en la década de los ochenta, con subsidio gubernamental, y que en la medida de lo posible colaboraron en la alfabetización civil de las distintas minorías activas que conformaban a la rumbosa sociedad política así como

ayudaron día tras día a la construcción de líneas de comunicación entre estas mismas minorías y el estado. Entonces los presuntos editores buscaban el respaldo del erario, en tanto que el ejecutivo y su gabinete apoyaban, por lo general a cuenta del Tesoro, algunas de estas peticiones de financiamiento —como por esas fechas ocurrió al veracruzano Gonzalo A. Esteva con *El Nacional*, mas no, al parecer, a Guillermo Prieto con *La Luz*—.<sup>18</sup> Además eran tiempos de fuero periodístico, al amparo del artículo VII de la Constitución de 1857, el cual indirectamente animó los duelos y lances de pistola.

Intocables eran las plumas de la prensa, de suerte que los daños morales por sus opiniones públicas eran competencia del honor, y se dirimían en los llanos de las afueras de la ciudad. Muchas veces estos duelos no fueron sino ridículos bastonazos que podían doblar de vergüenza a sus excéntricos actores y de risa a sus testigos, pero en ocasiones la sangre escribió sus tragedias. Santiago Sierra cayó en un duelo en 1880, siendo redactor de *La Libertad*. “Los escritores somos, consintámoslo o no, los herederos de los bonzos y de los guerreros que vivían fuera de la ley en 1855”, anotó días antes del duelo que canceló su futuro a los treinta años.

La testamentaria de esas castas nos ha empolvado con sus falsas teorías, y constituimos en medio de la sociedad mexicana, más que un *cuarto Estado*, una cofradía de infalibles e inviolables, e imponemos despóticamente nuestra férula sobre las espaldas de los demás ciudadanos, que no han tenido la luminosa idea de meterse a periodistas.

Líneas adelante puntualizaba:

Y es que sucede en materia de delitos de imprenta, lo mismo que con los latrocinios en tiempo de guerra: no sabemos discernir entre lo que es simplemente un robo y lo que tiende a regenerar por sexagésima vez a esta pobre patria. La ley, que fue obra de escritores más o menos públicos, y que no habría sido sancionada sin el beneficio de

la casta, no distingue entre los delitos políticos y los del orden común. Así, para resguardar la libertad literaria contra las acechanzas y las iras del poder, se sumergió a los escritores en la Estigia de la invulnerabilidad, se les hizo inmunes contra toda represión, se les consagró Sumos Pontífices del dicterio y de la mentira. Los extremos se tocan, y esta vez como en otras, los legisladores han hecho un disparate a toda orquesta. Para salvar a unos cuantos seres imaginarios, periodistas de conciencia y más raros que los náufragos *in gurgite vasto*, se ha dictado una sentencia de muerte contra los derechos, el bienestar y la honra de la inmensa mayoría.<sup>19</sup>

Sólo que el asunto del día era la candidatura a la presidencia. Esto, y no la nota citada, costó la vida a Sierra. Tras atribuir al ferviente y pacífico espiritista la autoría de una nota que desde *La Libertad* lo ingraciaba por respaldar la nominación de Trinidad García de la Cadena y no la del bueno, el general Manuel González, el director y editor de *La Patria*, Ireneo Paz, ultimó a Sierra en duelo, aunque como explicaba el espiritista a un loro: no a la muerte, pasó a la vida.<sup>20</sup>

Pero volvamos a Castera en *La República*, ya que algo se ha dicho sobre el duelo por la muerte de su amigo Chano. Y de ahí revisemos con algún detenimiento sus libros.

En el referido diario, Castera ocupó varias responsabilidades públicas: se encargó de los artículos sin firma entre febrero y mayo de 1881, y entre enero y julio de 1882 dirigió la edición dominical de *La República*. Nunca una figura conspicua en el diario, se diría que el ejemplo de Sierra no se limitó a indicar el rumbo del espiritismo de Castera. Hay que decir, por otra parte, que al espiritismo, como a la minería, Castera llegó por medio de su tío Ignacio, vocal del consejo directivo de la Sociedad Espírita Central.<sup>21</sup> Al igual que muchos correligionarios, encontró en esta nueva ciencia una fórmula racional y positiva, muy a tono con las presunciones del siglo. El espiritismo, además, era una doctrina que lejos de contravenir sus firmes convicciones de oficial del ejército liberal —de cuyas

filas, no debe olvidarse, salieron dos promotores incansables del espiritismo, los generales Refugio I. González y Sóstenes Rocha— más bien le permitía la convivencia de éstas con su previa devoción cristiana. Moda o certeza, o moda y certeza, el espiritismo ordenó durante un tramo largo de la segunda mitad del siglo XIX mexicano el temperamento de buen número de los liberales creyentes; y antes que otra cosa, al espiritismo se le consideró un modo inusitado o heterodoxo o nuevo (y hasta inútil) de tentar el absoluto con la debida cordura. Hundió sus raíces en el territorio político de Porfirio Díaz, hasta el grado de que no pocos de sus científicos practicaron alguna vez el magnetismo en alguna sala con la solemnidad de una misa de cuerpo presente. ¿Castera un delirante de su siglo? Todo lo contrario. Aun como desterrado en la tierra, Castera no se creía ni distinto ni único ni mucho menos excepcional. Su racionalismo, nada más, se hizo de un método al seguir los piadosos ejercicios espiritistas. Y sobre todo conocía los terrenos que pisaba. La literatura, en cambio, era otra cosa.

“En México, un minero tiene algo de fantástico”, dijo Castera a través de uno de sus personajes, y una buena parte de su obra, sin duda lo que destaca y lo hace destacar en el paisaje de la expresión literaria mexicana, la consagró a propagar el espectáculo de la que para él era “una de las clases más laboriosas y útiles del país”. El esfuerzo desembocó primero en uno de los mejores libros de cuentos del siglo pasado, *Las minas y los mineros*, y más adelante en otros dos títulos: *Los maduros* y *Dramas en un corazón*. Sugerido por la obra *La vie souterraine ou les mines et les mineurs* de Louis Simonin, el título de Castera reunió más novedades de las que su medio estaba dispuesto a registrar; y su medio entonces vivía atravesado por las virtudes y defectos de las opiniones y humores de un solo hombre: Ignacio Manuel Altamirano. Favorecedor y amigo del género de la novela —opuesto en todo al “estúpido cuento, forjado por una imaginación desordenada que no respeta límites en sus creaciones, con el solo objeto de proporcionar recreo y solaz a los espíritus ociosos”—,<sup>22</sup> Altamirano quiso ver en *Las minas y los mineros* una enco-

miable reunión de leyendas, tal y como apuntó en un prólogo. Señalados los rasgos sobresalientes del libro: primero la "cualidad rara y que, poco ha, sentimos no encontrar siempre en producciones literarias de México, a saber, la originalidad", y después el felicísimo "retrato de sus personajes, copiados del natural", el resto del prólogo se fue en las pontificaciones de costumbre.<sup>23</sup>

Sólo que lo mejor de la nota de Altamirano, y la presentación más adecuada para estos relatos, la escribió el mismo Castera mucho antes de *Las minas y los mineros*, cuando el 5 de diciembre de 1875 publicó en la edición literaria de *El Federalista* su primer cuento de este tipo. Se trataba de "En medio del abismo" y Castera creyó oportuno advertir a sus lectores:

Nunca, hasta hoy, he tenido ocasión de leer algunos escritos sobre la vida de los mineros. Y sin embargo, es un asunto que en un país esencialmente minero como el nuestro, debería haber fijado un poco la atención de tantos escritores que buscan con afán motivos sobre los cuales escribir.

Después de mencionar el libro de Simonin, tal y como lo repetiría más adelante Altamirano, Castera anotó el orgullo que sentía por haber sido minero y haber pasado en las minas momentos de suprema angustia y de terrible agonía; supliría su falta de imaginación con sus propios recuerdos, "para poder así penetrar en ese mundo desconocido para la mayor parte de nuestra sociedad". Ligerísimos bosquejos. Castera terminaba este preámbulo con una especie de auto-definición hartamente sugerente:

Algunos poetas me honran llamándome su hermano; como desterrado en la Tierra yo soy hermano de todos los proscritos, pero por lo mismo lo soy de todos los mineros; es en nombre de estos últimos por lo que ahora tomo la pluma para probar que también el minero es soñador, pero soñador en el peligro, en las tempestades, en lo terrible; los primeros sienten y cantan, los segundos luchan y sollozan; los unos en la plenitud del

corazón y del sufrimiento, los otros en medio del peligro y del trabajo; diversa forma, pero fondo idéntico; el sentimiento encierra la lucha, el canto oculta el sollozo en el poeta y en el minero, las dos almas sienten la misma enfermedad, enfermedad sublime, la nostalgia del infinito, la nostalgia de cielo; unos quieren poseerlo, los otros aspiran a mirarlo; ambos sueñan y sufren, ambos son mis hermanos; por los dos siento, y el llegar a distinguirme entre ellos llena mi aspiración.

He aquí por lo que ahora escribo, y mis lectores perdonarán el estilo de las siguientes líneas: estamos en confianza, es así, como en familia.

Desde el principio llamaron la atención los conocimientos mineros de Castera. El rasgo salta a la vista en la obra de este escritor a quien movía la "ambición noble y santa" de encontrar un tesoro o una bonanza. Pero a cambio de reconocer lo anterior, no sólo Altamirano sino muchos contemporáneos pasaron por alto la misma apuesta literaria de los relatos de Castera, un modo de ver y de contar al servicio de una idea: volver convincente lo real. "No necesita la fantasía humana inventar", apuntó en *Las minas y los mineros*. "La trágica es la naturaleza. Basta copiarla, y el cuadro es verdadero, y sin embargo, terrible."

La mayor diferencia de Altamirano con Castera tuvo que ver, como apuntó en el prólogo a *Las minas y los mineros*, con su filiación al espiritismo. Este último, sin embargo, lo puso a las puertas del realismo. Y su realismo se resolvió a través del espejo de la fealdad que, como se sabe, le da a la literatura un aire de naturalidad primaria, cruda, desafiante, indiscutible. Desde principios del siglo XIX, cierta tendencia realista empezó a asomar en la literatura mexicana en la forma de un prosaísmo en ciernes que, no obstante sus límites, alcanzó a producir manifestaciones más duraderas que las del prestigiado ardor romántico de los poetas tocados por ese primer sueño colectivo del siglo. El compromiso (si fue un compromiso) independentista de descubrir y dar forma a la nación, llevó a los

escritores a recorrer la ciudad por todos sus pasajes y les permitió favorecer un registro, en efecto, realista. La prosa narrativa optó entonces por un camino que creyó desbrozado: el de los relatos históricos. Castera, en su turno, empezó por seguir el hilo conductor y el gusto de Juan Díaz Covarrubias en sus *Impresiones y sentimientos* y armó, sobre el respaldo de relatos de corte autobiográfico, sus personales *Impresiones y recuerdos*.

Después vinieron sus cuentos mineros, feliz e inusitado esfuerzo de deliberada resolución narrativa, lo opuesto a la leyenda y los paisajes.

### Cultivar y cosechar

*Carmen*, en la opinión de Carlos González Peña, fue “la flor de la novela sentimental entre nosotros”, pero creo que no estaba muy de acuerdo en que fuera vista como una derivación un poco menos exitosa pero al fin local de la novela de Jorge Isaacs, *María*.

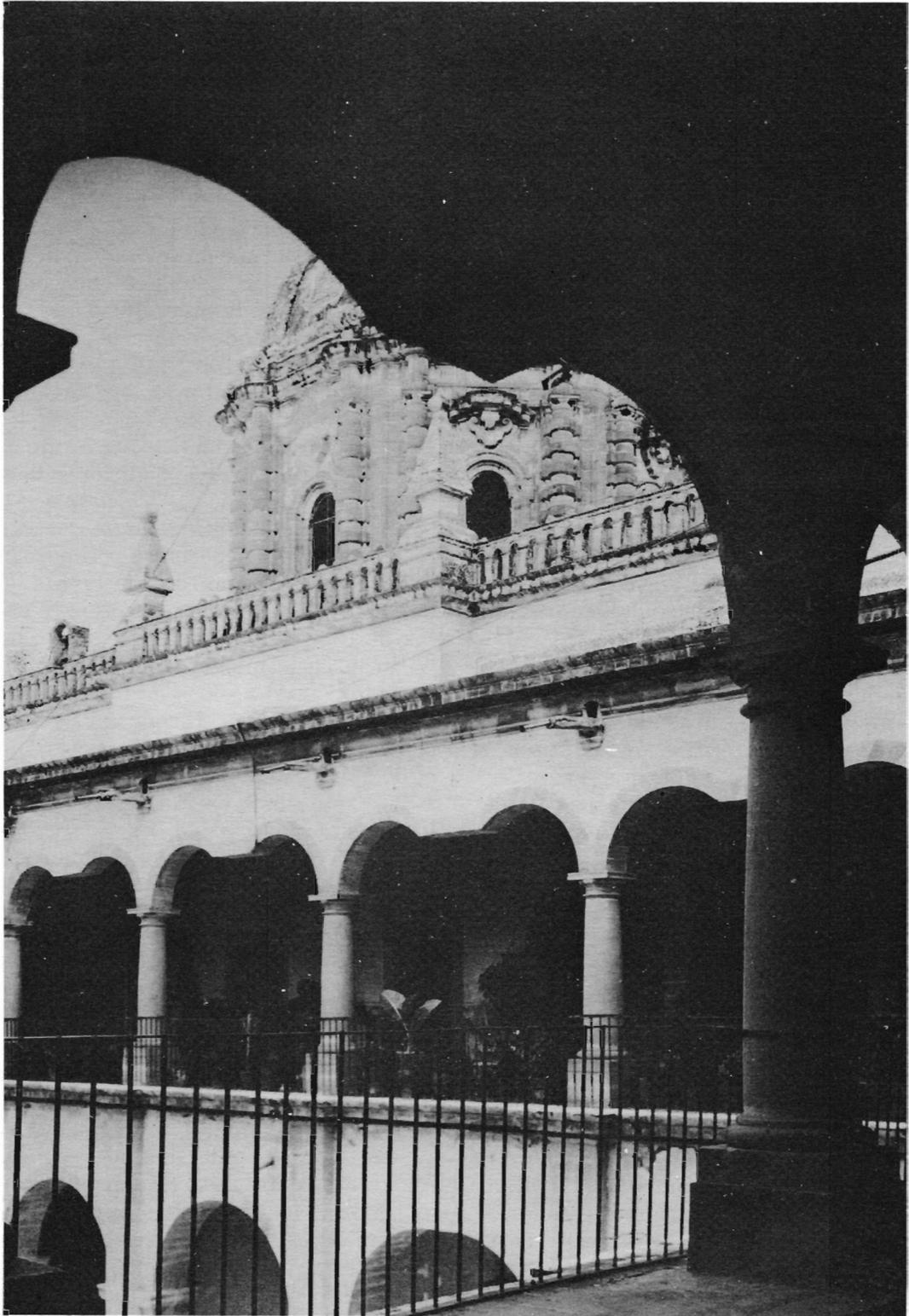
En busca del mismo camino de las afinidades posibles para demostrar su idea, Carlos González Peña disfrazó sus conjeturas dejándose llevar por la aguja del tiempo. Así, según apuntó en su prólogo a una oportuna edición que sacó a *Carmen* del olvido de varias generaciones de lectores —olvido al que la confinó la inexplicable confianza de todo dios en la visibilidad perdurable de la fama—, en términos cronológicos sí parecía posible que Castera hubiera leído el libro de Isaacs. Más aún, frente a los posibles ecos de *María* que González Peña percibía en *Carmen*, incluso habría razón para creer que Castera quedó con una impresión muy favorable y que a ésta habría que responsabilizar de que él llegara al extremo de querer imitarla. Es decir, de traerla a México, con la normalidad y sencillez con que los escritores y artistas suelen llevar a sus terrenos los temperamentos y enseñanzas de autores predilectos o encontrados. Publicada en Bogotá en 1867, cuando la buena leyenda de Castera iba a salto de mata en su guerra contra los franceses, *María* no se conoció en México sino hasta “por el 72 o 74”, no sólo ya que se res-

tauró la república sino cuando vivía entregada a la zozobra de los mejores futuros posibles.

Aunque para ser exactos, ahora hay que añadir que la novela de Isaacs fue comentada por el propio Altamirano a mediados de 1871, quien vio en ella “una obra maestra”.<sup>24</sup> Una imprenta familiar a nuestro personaje, la de *El Federalista*, sita en el número 11 de la calle de Escalerillas, vendió asimismo ejemplares de *María* durante buena parte del año de 1873 —cuando Castera, por cierto, empezó a publicar en su edición literaria— a través de un anuncio que dirigía los pasos del interesado lector a otras cuatro librerías de la capital: la de Aguilar y Ortiz, en Santo Domingo 5, la de Budin, en la 2ª de San Francisco 6, la de Cortés y la de Vincourt, en los números 3 y 5 de la calle del Espíritu Santo, respectivamente. Además de las ediciones llegadas de fuera, hay registro de que *María* se leyó en México en un rápido folletín del *Monitor Republicano* y en la edición especial que preparó *El Diario del Hogar* para quienes suscribieran la anualidad del diario entre octubre de 1882 y septiembre de 1883.<sup>25</sup>

En busca del mismo camino de las afinidades surgieron entonces los acuerdos biográficos entre Isaacs y Castera. “Siendo ambos pobres —escribió González Peña—, un rasgo los aproxima: el de afanarse, aunque en vano, por conseguir súbita riqueza. A los dos les atrajo el arbitrio gambusinesco.” Castera cifró sus esperanzas en el subsuelo y en los inventos para beneficiar sus minerales, mientras Isaacs apostó a las hulleras del Golgo de Urabá. Las dos novelas, además, anclaban sus historias en un fondo autobiográfico más o menos sabido.

Según me refirió don Luis González Obregón —contaba González Peña en su prólogo—, quien hubo de conocerle y saber de sus andanzas, Castera bebía los vientos por una hija de don Casimiro del Collado, el muy distinguido caballero y asimismo discreto poeta, de origen español, vecindado en México. El noviazgo entre el escritor y la chica —que, a lo que parece, llamábase Margarita— se trabó al fin, y dulcemente hubo de deslizarse en el lindo pueblo de



San Ángel, donde la familia de ella vivía. Margarita —llamémosla así, pues que de algún modo habrá que llamarla— era elegante, muy de sociedad y posiblemente adinerada. Cabe presumir que Castera, minero sin minas, buscador de tesoros sin resultado feliz, y escritor pobrísimo, no representase para ella halagüeño partido. Lo cierto es que sobrevino la ruptura y el noviazgo se deshizo; que la amada casó a poco con sujeto más de su rango —atildado y de bonitas corbatas—, el cual, para más señas, le salió en extremo calavera; y que Pedro Castera —el amorío había destellado, según cálculos, allá por el 74— transcurrido tiempo y no curado todavía del desengaño, revivió su pasión en férvido relato, imaginando antecedentes sobrado novelescos para despistar, cambiando de San Ángel a Tacubaya el lugar de la escena, y metiendo, en fin, a la señorita del Collado en el alma y cuerpo de la protagonista.

Todo lo cual redundó inevitablemente en una historia tal vez no lejana pero sí distinta a la de Isaacs.<sup>26</sup>

Algunos años después, desde las páginas del diario que los reunió temporalmente, *La República*, cuando el manuscrito de la novela de *Carmen* debía empezar a tomar forma en torno a la avara esperanza de matrimonio de sus personajes centrales, supongo que sería el mismísimo Juan de Dios Peza quien le dirigió los siguientes “Consejos del tiempo” a su amigo Castera:

Por todo, menos por casarte pases;  
No Pedro, no te cases.  
Las mujeres de todas las naciones  
Son como los wagones  
Puedes hallar en ellos hospedaje  
Pero pagando el viaje  
Y desde que te cases, ¡suerte impía  
tienes que pagar viajes todo el día!<sup>27</sup>

Pero salvemos rápidamente el tiempo, como decía Castera. En *Carmen* la fábula de Pígameo y el mito de Galatea comparten una mesa parlante. La novela cuenta la historia de un hom-

bre de treinta y cinco años, quien cansado de su galante juventud errática se anima a sentar cabeza al enamorarse de una quinceañera, Carmen, a quien él mismo, intoxicado por el alcohol y las noches de su bohemia, rescató inexplicablemente de la calle cuando era una recién nacida. Para colmo, Carmen ha vivido desde entonces en compañía de la madre y bajo el mismo techo de este irremediable calavera inofensivo. Enterada Carmen de la verdad, es decir, que el hombre al que siempre ha visto como una suerte de figura paterna se limitó a recogerla de la calle y llevarla a su casa, la ahora joven alimenta en silencio su pasión de amor por él, acaso con la esperanza de que él un buen día pueda fijarse en y casarse con ella, criada con amor y cristianos escrúpulos femeninos por la supuesta abuela, cuyos mimos tallaron toda una mujer. La atracción es mutua, no existe impedimento efectivo para el idilio, e incluso un ominoso malestar cardíaco de la blanca y sonrosada Carmen cede gracias a tan reconfortante amor. Sin embargo, el historial mundano del héroe confunde e interrumpe el impulso de sus amoríos con Carmen, pues por un momento llega a creer que ella es el fruto de antigua y fugaz querencia. Al final, pero claro que tarde, el libertino despeja su pasado, recupera el amor de Carmen —consumida por su propio corazón— y la acompaña en sus últimos momentos.

Una historia de amor desdichado en apariencia, no obstante sus fiebres y atmósferas románticas, *Carmen* debe su forma a la conciencia narrativa de Castera que le da movimiento a la historia. Ésta era la primera vez que Castera se sumergía en la descripción de relaciones familiares —así sean sólo las de madre e hijo— y en el detalle de un amor realizado. Opacada la minucia de fondos y escenografías, a cambio de concentrarse en las relaciones de los personajes y en la narración de una anécdota que tiene lugar principalmente en el ámbito familiar suburbano de una casa en Tacubaya, sede del idilio, Castera fue fiel a las economías obligadas del género. Lo que es más, antes de ofrecer una versión local de *María*, ella entregó en cambio su ideal de la perfección femenina: ideal que en este caso no sólo comenzaba en la exclusividad

sino en la anticipación de su posesión. Y a juzgar por la evidencia de otra novela, ésta sí poco comentada: *El hijo del estado*, de Hilarión Frías y Soto, la cual desgajó en varias entregas en *El Diario del Hogar* a mediados de 1882, parecería que Castera abordó en las exitosas páginas de *Carmen* un tema más bien enclavado en el espíritu y las fiebres de la época.

Más aún, puestos a buscar afinidades, se diría que *Cármén* es en todo caso una rara o inexplicable derivación —si en realidad hubiera forma de probarlo— de la ignorada primera novela de Henry James, *Watch and Ward*. Esta última, publicada originalmente por entregas en la revista *Atlantic Monthly* entre agosto y diciembre de 1871 y luego en forma de libro, en 1878, cuenta una historia no muy distante a las letras bordadas por Castera en esta etapa. Roger Lawrence, un galante joven bostoniano sin suerte con las mujeres, un día decide adoptar a una niña de doce años, Nora Lambert, con el propósito de educarla como a una hija y con la esperanza además de casarse con ella al llegar el momento. Con el tiempo, dos personas disputan el amor de Nora, pero al final, después de una larga y por poco mortal enfermedad que provoca alguna compasión hacia la muchacha, Roger recupera su amor. Órbitas de una ideal figura femenina —“bella, instruida, inteligente y apasionada sin perder por ello sus gracias infantiles, sus inocencias de niña y sus exquisitos candores”, según Castera—, en donde la fantasía de los principales personajes masculinos se encuentra casi a salvo de los agravios o envidias de cualquier rival, las dos historias giran alrededor de un acto de posesión previa, no del todo inocente. Leon Edel, el biógrafo de James, tuvo motivos suficientes para asegurar que *Watch and Ward* era un relato sexual que no había visto la cara del sexo, “envuelto [como se encontraba] en sus gruesos ropajes victorianos”, un relato *naïve* de principio a fin.<sup>28</sup>

Castera, si no más directo que James, en cambio sí fue mucho más cínico. Eso es seguro. “Yo la amaba con la sed insaciable del corazón que ama por la primera vez, y también como se ama la obra de arte a la cual hemos consagrado nuestra vida”, dice su personaje. “Hija, no de mi na-

turalidad, pero sí de mi cerebro y de mi corazón, yo la amaba como mía. ¿Y por qué no decirlo?” Pero si *Carmen* debe su forma a la conciencia narrativa de Castera, la clave para su lectura está y puede encontrarse en el culto espírita, la escuela filosófica avanzada a la que alguna vez se refirió Altamirano al ponderar a Castera, el mismo Ignacio Manuel que en un tiempo fue Gran Masón entre los masones mexicanos. Castera estaba convencido de los principios así como de la comprobable eficacia del espiritismo, tal y como sucede al protagonista desdichado de *Carmen* —quien en algún momento de la novela sugiere incluso que puede comunicarse con su amada muerta— y en cuya boca el novelista, como médium, puso que por eso la sociedad lo creía loco, se burlaba de lo que ella calificaba como un delirio:

¡Imbéciles! No comprenden que para el espíritu no hay distancias, formas ni leyes físicas, supuesto que es inmaterial, y tampoco entienden que el alma, para expresarse, no necesita idioma, porque el pensamiento es el lenguaje múltiple, eterno, infinito, que tiene la creación. Dios, más que el verbo, es la idea.

### San Hipólito

El hospital para dementes pudo pasar alguna vez por la cabeza de Pedro Castera. Aunque bien a bien nunca se sabe cómo es que suceden estas cosas. Él decía que sólo odiaba a la oscuridad en todas sus formas, y que su única ambición era “beber a torrentes todas las claridades y toda la luz”. Pero si en efecto llegó a prever o anticiparlo de algún modo, esto debió ser más como una puntada, nunca como una sombra o como una amenaza genética. Sin duda que tras gastar una tarde en compañía de Santiago Sierra, escuchándolo disertar sobre médiums y magnetizadores, o bien pontificar sobre sus experiencias como empleado del siempre terminante servicio exterior mexicano en Santiago de Chile, Castera pensaría que el camino más sano desembocaría en el hospital para dementes. Sin embargo, su manía espírita no lo precipitó a San Hipólito.

Por cierto que otro Castera, Eugenio, había lastimado con sus verdaderas locuras diez de los once años que duró el matrimonio con su prima hermana, la diva Angela Peralta. No pocos, entre ellos la mismísima “Rruiseñor Mexicana”, debieron descansar al saber de la muerte de este Eugenio Castera a finales de 1877. Sin embargo, el escritor de la familia —porque casi no hay duda de su parentesco con la cantante y el *marito squilibrato*— no tenía por qué correr la misma y prolongada suerte.

El caso es que la locura, porque de algún modo hay que llamarla, pudo pasar inadvertida para el propio Castera. Pero no así para algunos de esos contemporáneos y amigos que solían convivir con el corpulento, impulsivo y bonachón gigante letrado, incapaz de quitarles a sus íntimas explosiones de placer o de disgusto —y por íntimas, *miserere mei...*, incomprensibles— la marca de un acceso de locura o al menos de excentricidad. Así, bien pudo ser que él fuera el último en darse cuenta cabal que dejaba de formar parte de la Cámara de Diputados, como suplente por el onceavo distrito de Puebla, para ingresar con el alto rango de pensionado a San Hipólito a mediados de 1883. A diferencia de las decenas de internos comunes ahí, sus treinta y tantos pensionados formaban una categoría aparte en el hospital para lo cual era preciso cubrir una cuota de doce pesos al mes —equivalente a una décima parte de los gastos del sitio en esa época— y con seguridad el patio de recreo de tan notables internos, en donde nuestro personaje se encontró con Francisco Zuloaga, José M. Abadiano, Gabriel Pimentel, Rodrigo Rincón Gallardo y Miguel Castelló, no debía distar mucho de un regular paseo sin límites por el jardín de la Alameda. En cierto modo, San Hipólito era más bien único en su tipo. No sólo por lo anterior, sino porque en esos días sus autoridades se propusieron reunir, con base en donativos, desde luego, una biblioteca para sus enfermos. Epoca de extravíos y aberraciones, en efecto, como escribió Hilarión Frías y Soto en *El Diario del Hogar*, en la que se quiere que los locos se instruyan y que los profesores de ciencias y artes no toquen un libro.<sup>29</sup>

La enfermedad de Castera preocupó sobre todo a un corresponsal de diarios y revistas ex-

tranjeras, él mismo fuereño, pero sobre todo buen amigo de sus amigos nuevos, el marqués D’Equevilley. Con su sombrero redondo, corbata un tanto de fantasía y otro tanto oscura, sobre sencilla camisa blanca, sin los ocurrentes bordados ni tablillas de la moda, y con un traje de corte más bien correcto, este viejo oficial de caballería en España, Italia y Turquía llegó en noviembre de 1883 al portón de San Hipólito en busca del amigo, quien lo recibió de sombrero pardo, a la Robert Macaire —notó—, encima de una oreja. Como si nada. D’Equevilley se hizo acompañar por dos caras conocidas en el periodismo mexicano de la época, hoy piezas de una Arcana mayor: Adolfo Carrillo y Luis Gonzaga Iza. El diálogo tuvo lugar a través de una reja. “¿Quién es usted?”, preguntó Castera.

A esta recepción, las lágrimas me vienen a los ojos, y con una voz que busqué en vano hacer aparentar firmeza, le contesté:

—¡Cómo, mi querido Pedro! ¿Ha olvidado usted a su viejo amigo D’Equevilley?

Al oírme hablar, sus facciones se conmovieron, sus ojos expresaron su alegría, y con una voz estentórea exclamó en francés:

—¡Sapristi! Mi querido amigo, qué amable es usted con haber venido a verme, claro que sí, ¿usted me trae un níquel?

Sacó entonces de su boca, donde lo tenía escondido, un centavo de esta moneda y dijo enseñándomela:

—¡Es toda mi fortuna!

San Hipólito, más que la impenetrabilidad de cualquier enfermedad de la mente, podía acabar con Castera. Ése era uno de los rasgos previsibles de este género del misterio, y D’Equevilley lo debía saber. Así que con el apoyo de Iza y Carrillo, sus acompañantes, más el apoyo del director de su diario, este buen marqués se dirigió a “los españoles del *Pabellón* y de *La Voz de España*, a los norteamericanos de las *Two Republics*, a los franceses de la *Colonie* y del *Trait d’Union*”, así como a los amantes de las bellas letras, para hacer por Castera lo que en París se hizo por un tal André Gil, víctima irrecuperable de los ritmos de vida del periodismo.<sup>30</sup>

Más aún, San Hipólito y sus tan precarias y desde luego demenciales ambientaciones resultaron a tal grado nocivas para Castera que desde entonces no contó día bueno. Por varias razones. En primer lugar porque el encierro y las imaginaciones de cosas pasadas echaron a andar la fantasía de todos sus amigos y conocidos. Ahí creció una verosímil historia política que salvó y refirió Carlos González Peña, la cual vinculaba a Castera con el célebre motín de las monedas de níquel en el periodo presidencial del general Manuel González. La moneda de níquel empezó a circular en el país desde fines de 1882 y durante los meses siguientes y en menos de un año provocó una crisis económica al gobierno de González la cual culminó en un motín popular que del mercado de La Merced pasó a la plaza de la Constitución el 20 de diciembre de 1883. De hecho, hablando de encierro, los generales Vicente Riva Palacio, Aureliano Rivera y Tiburcio Montiel fueron a dar a la cárcel al final de este episodio.<sup>31</sup> Así, en tan críticos meses, y tratándose de uno de los redactores influyentes del diario *La República*, Castera habría sido requerido por quien manejaba la gorda cuenta de las subvenciones gubernamentales para hacer campaña en defensa del níquel y tratar de infundir confianza y cordura entre comerciantes y acaparadores, y al rehusarse fue a dar al hospital. En la prensa, sin embargo, siempre se habló de perturbación mental. Otro de los motivos que en mi opinión acabaron con Castera fue que la Cámara de Diputados nunca entregó a la madre de tan legendario e idiosincrático pensionado la dieta mensual de 250 pesos, de donde pudo salir para cubrir los gastos de su mal —entre ellos los dineros del hospital—, aunque según el director de San Hipólito, a Castera no le faltaba nada en cuanto a alimentos, además de que le ofrecían vinos y cigarros.

El mismo D'Equivilley intentó nuevamente llamar la atención sobre su amigo al visitarlo una vez más en San Hipólito y dar a conocer la entrevista, ahora en *El Lunes* y no, como antes, en *El Jueves*, empresas que dirigía Pedro Zubieta en ausencia del loquero más culto del porfiriato, Salvador Quevedo y Zubieta. Esta segunda visita, realizada en diciembre de 1883, fue en vano.

Castera, visiblemente repuesto, no perdía sin embargo su obsesión por el níquel. D'Equivilley notó que Castera traía un libro en la mano, tomado seguramente de la biblioteca:

—Veamos, Pedro, ¿qué libro es éste?

—Un verdadero tesoro —me respondió dándomelo—, pero no pienso regalarlo a usted porque pertenece a la casa Escandón.

Después, volteando las hojas, me dijo:

—Hay de todo en este libro, *La evangelista* de Daudet, dedicado al célebre doctor Charcot, el gran médico alienista. Después viene *Esto, lo otro y lo de más allá*, de Eusebio Blanco. No vale gran cosa. En seguida, *El amigo de la muerte*, por Pedro Antonio de Alarcón. Está bien escrito, pero a mí me gustan más los libros que hablan de Francia.<sup>32</sup>

El mexicano de París y parisiense de México, como lo describió afectuosamente D'Equivilley —pues al igual que Francisco Olaguibel, Manuel Puga y Acal, Alberto Leduc, entre otros pocos, el francés de Castera era perfecto—, aun en San Hipólito trataba de estar al tanto de los trabajos y los días de los amigos y conocidos en el siglo. *La evangelista*, de Alphonse Daudet, publicada en el folletín de *El Nacional*, era una de las traducciones de Anselmo de la Portilla, hijo, con quien tiempo atrás fundó aquel Círculo “Gustavo Adolfo Bécquer”. Varios años después, Altamirano escribió con entusiasmo oportuno sobre este raro libro: “En esta época el corazón es también un templo que se derrumba, y el amor es también un dios que se va. Los novelistas tienen otras cosas que hacer.”<sup>33</sup>

Al cabo de un año, en junio de 1884, la señora Soledad Cortés solicitó al secretario de Gobernación, Carlos Diez Gutiérrez, la elevada autorización del rango para que su hijo, de treinta y siete años de edad, y de nombre Pedro Castera, abandonara el recinto de San Hipólito y pasara a la custodia familiar. En su reclusión, ella no faltó una sola semana para llevarle ropa limpia, alimento, papel en folios, lo que hiciera falta o pidiera su hijo. En un año de encierro, en opinión parcial pero no injusta de esta madre, la salud

del gigante parecía bastante repuesta. Dijo que no significaba ningún riesgo que ella misma no fuera capaz de enfrentar en casa, con el propio recurso de la bondad. Por otra parte, el señor secretario debía imaginar la falta de dinero con tanta ida y vuelta a la ciudad desde Tacubaya, con tal desastre de la economía del país no obstante el arribo de bancos y el tendido de vías para el ferrocarril. Diez Gutiérrez hizo a un lado la petición, aunque sin convencer del todo a la solicitante de haber procedido con la debida justificación.<sup>34</sup>

Poco después, una nota publicada en agosto de ese mismo año en *La Prensa*, donde se informaba sobre la notable mejoría de Castera, y el que su nombre dejara de aparecer en ese mismo mes y año entre los pensionados de San Hipólito, sugieren el éxito de la causa que emprendió la señora Cortés para recuperar a su muchacho, el notable escritor y publicista, amigo personal de Manuel González, perdido por entonces en el tobogán de su caída.

## La ciudad de cristal

¿En qué momento se puede llamar concluida, si no sagrada ni embalsamada, una carrera literaria, no obstante el diverso concurso de la desesperanza o el hambre, la satisfacción o la miseria, el hartazgo o la quietud? A saber, realmente. El caso es que los escritores más jóvenes le pusieron esa marca a Pedro Castera.

Uno de ellos, Alberto Leduc, asociado afectiva, laboral e intelectualmente a los mejores vuelos del modernismo mexicano a través de su prosa, de sus amplias lecturas y de su estilo de vida, y quien a juzgar por diversos testimonios se veía a sí mismo y sobre todo a los suyos en el centro de una generación de gran refinamiento literario y estético, digo, para el país, no necesitó odiar a Castera para catalogarlo como un autor rezagado o para hacerle vacío. Nada de eso: bastó con nombrarlo así, a pesar de los hechos literarios que eran *Las minas y los mineros* y *Carmen*, más *Impresiones y recuerdos* y *Los maduros*, obras cuyo afán por descubrir o su deseo de mostrar no fueron ni el menor de sus propósitos ni el mayor

de sus méritos, no obstante el esfuerzo que requirió la escritura de *Querens* y *Dramas de un corazón*. Según la palabra de Rubén M. Campos, tras reconocer el éxito de lectores del joven Castera, Leduc decía:

Hoy va Castera errante, con su corpachón de hombro hercúleo vestido al uso de su tiempo, con un gran sombrero plano y una capa española azul clara, sin saludar a nadie y sin que nadie le salude a él; entra en La Estrella de Oro, la popular fonda de Silvestre Anaya que es el líder del mutualismo actual, se sienta a comer solo en una mesa; y como en esa fonda acostumbran los criados traer una gran fuente de puchero para que el comensal se sirva a su gusto, Castera se la come toda, incluso la verdura del puchero, y sigue comiendo los demás platillos sin que nadie le diga nada, hasta dar fin a la fiesta del día, y sin que se le cobre más de los cincuenta centavos que cuesta una comida en La Estrella de Oro.<sup>35</sup>

Tal vez la estancia en el hospital para dementes se encargara de convertir a Castera en el primero entre todos los notables que integran la nómina de nuestro panteón literario con una clara conciencia de las desventajas muchas veces infrahumanas que acarrea el ejercicio de su vocación. Sin embargo, ¿quién entre todos los escritores mexicanos del siglo pasado, considerando la buena opinión que solían tener de sí mismos, se habría atrevido a ofrecer una respuesta sincera sobre el final de sus propias carreras? Aun el propio Castera se impuso el pergeño de un par de obras al calor del magro rayo de luz de su quebrantada salud, tras de lo cual no logró más que redactar notas y variedades científicas para *El Universal*, verdaderas sucursales del fastidio, como todo lo que Rafael Reyes Spíndola poco a poco logró imponer en sus mal llamadas empresas periodísticas.

El caso es que la ciudad, a juzgar por el dicho de Leduc, se transformó para Castera en una suerte de anticipado Leteo. Sin la fiebre de su juventud, recorría las calles, los templos, los paseos, los teatros y todos los puntos en que las

pulsaciones de la vida social se le habían revelado—tal y como escribió años atrás—. Ahora sin ansiedad alguna, sin las bruscas sacudidas interiores del estremecimiento continuo del gusto o de un agudo enfado, caminaba el México viejo de todos sus sueños cancelados, volvía sobre los pasos de un tiempo ido para siempre. Tal vez ayuden a describir el ánimo de Castera en este último tiempo algunas de las palabras que soltó antes para describir impresiones y recuerdos:

He despilfarrado mi vida convirtiendo las horas en años. Las pasiones están gastadas. La sangre está fría y cada invierno es para mí una batalla. El reuma principia a mordirme, la vista a opacarse, el paso a ser lento, la voz a balbucir y las manos a temblar.

Con seguridad volverían a su recuerdo los flaneos espiritistas de su mocedad literaria, más si los tenía por escrito; como aquel del amigo espiritista (¿Santiago Sierra? ¿Alfredo Bablot?) que aseguraba haber visto en el foro del teatro la sombra sagrada de Rossini tapándose los oídos y la de Bellini suplicando a dios de rodillas que no cantasen más ninguna de sus óperas, ante el ostensible fracaso de cierta compañía de ópera italiana de paso por la capital de México. Lo cierto es que nunca fue más excéntrico Castera que en la lenta y fría y sobre todo silenciosa convalecencia que se vería obligado a vivir a su salida de San Hipólito, la cual aun en el mejor de los casos sólo podría entregarlo en pleno juicio al frío de la sepultura. Desde luego que ahora es imposible saber si Castera alcanzaría a percibir y maliciar la opacidad del lenguaje público, la intolerancia social, el dogmatismo económico, la brutalidad de las fuerzas del orden y el autoritarismo político que a principios del siglo XX caracterizaban a la administración de Porfirio Díaz—su antiguo compañero de armas, quién lo diría—. Todo lo anterior se percibía entre las numerosas voces de la calle y las planas de los periódicos no siempre se dejaban alcanzar por este tipo de novedades. Antes al contrario. Entre broma y veras, por ejemplo, alguien escribió en la prensa que ya era tiempo de “dar un supino escobazo a cierta clase de bichos generalmente

considerados como inofensivos y a las veces como agraciados”, refiriéndose a los excéntricos que no tenían nada que hacer en la sociedad de la ciudad de México: esto es, a los abogados que en lugar de redactar sus enterados informes, se lanzaban en cambio a “representar al pueblo sin pedirle venia, y a predicar herejías históricas y a calumniar a la ciencia económica, y a declamar en la tribuna sin permiso de los de la lengua y a escribir dramas, con talento, pero sin áspice de gramática”, o bien que dándole la espalda al Código y al Digesto, se hacían pasar por músicos, poetas, historiadores, diplomáticos, arqueólogos y oradores. “Travestis de inclinaciones y aptitudes”, llamaba la nota del periódico a estos personajes, que no eran otros que la gran mayoría de los intelectuales y artistas de fin de siglo.<sup>36</sup>

Tal era la tiranía de la opinión pública en la ciudad de México, en donde para fortuna de sus atmósferas culturales no faltaron excéntricos que emprendieran sus propias compañías inevitables en contra de la cerrazón del medio.

Manuel Carpio fue uno. Originario de Cosamaloapan, se le describe como de

estatura regular [...] frente alemana y calva con rosquete de cabello sobre la región frontal, ojos azules, apacibles y melancólicos, ropa holgadísima: frac, pantalón azul y chaleco blanco; continente grave, el cuello como embutido en su ancha corbata blanca [...]. Tenía la manía de alzarse de la pretina los pantalones constantemente, cuando estaba de pie...

Era aristócrata, pero prefería la soledad y el encierro a tratar a los ricos, quienes no lo bajaban de liberal, mientras que éstos no confiaban en él. Junto con José Joaquín Pesado construyó “una Jerusalén de cartón y corcho, en las piezas interiores de la casa de Pesado [...] con sus calles, sus templos, sus piscinas, sus huertos, y cuantas particularidades puedan imaginarse”. Se le conoció como el poeta oficial del viernes santo pues su poema, “El camino del Gólgota” aparecía “anualmente y por docenas, como las matracas”. Sabía apreciar y admirar el mérito ajeno.<sup>37</sup>

Los hermanos Abadiano, Francisco y Eugenio, vivían en realidad en el siglo XVII, tanto por principios y modales como por su castiza vestimenta. Al parecer no hacían nada. Cada mañana les regalaba la novedad de que se encontraban en el tambaleante, raquítico, autofágico México de las numerosas repúblicas y no en la sedante capital hedionda de la Nueva España virreinal, por la que “cruzaban sonámbulos, con un automatismo inconsciente mientras que su yo verdadero, sus sendos espíritus gemelos, vivían ferviente vida en los palacios y mansiones, en la Universidad, las academias, las bibliotecas y los mentideros de la urbe colonial”.<sup>38</sup> Tal vez se descubrieran ante el paso del famoso *charabancs* del referido poeta Jesús Valenzuela, quien para estos despliegues públicos de su personalidad solía recurrir a sus caballos más briosos y montarse un rutilante traje charro.

Manuel José Othón, poeta, quien acostumbraba andar pelado casi a rape, uno de los mayores procrastinadores de su tiempo y además irremediable excéntrico. Abogado de profesión, escribió una novela de tema social, *Los hijos de la gleba*, cuyo manuscrito obsequió, a sabiendas de que no sobreviviría, al propietario de la cruel hacienda que en sus páginas retrataba. Por años martajó en la memoria los versos de *El himno de los bosques* así como otros poemas. Vivía, según él, para complacer a unos traviosos y turbulentos homúnculos que desde el interior del estómago exigían cotidianamente su pitanza ética. Sus pasatiempos predilectos eran la cacería y ciertas investigaciones báquicas en pos de elixires de dudosa estirpe latina y medieval que no hicieron otra cosa sino volver más gratos los trabajos y los días en la barra.<sup>39</sup>

Otros personajes, en ese México en que al parecer todo mundo se conocía y paseaba por Plateros, eran los anticuarios-coleccionistas. Casi ocupan una galería aparte de espectros encadenados, enfermizos y melancólicos, mitómanos y soberbios. Tal vez no tuvieron otra pasión que la de salvar santos estofados, óleos, columnas salomónicas, sofás de medallón, crucifijos, marcos, biblias y catecismos del naufragio a que los lanzó de malos modos la exclaustración republicana. Uno había que tenía un personal álbum de la muer-

te, en el que invitaba a escribir a los autores que encontraba a su paso. Vivía en un departamento más o menos próximo a la Alameda rodeado por el hacinamiento y la vetustez y los olores de muebles y piezas que tendrían un valor considerable, de haber llamado la debida atención del coleccionismo de sus pares, favorecedores y amigos. Éste era propietario de unas ruinas en San Ángel, en donde pensaba construir su retiro.<sup>40</sup>

Imposible dejar fuera una imagen que en su tiempo fue más o menos común a las puertas de la famosa Casa Plaisant, punto de reunión de elegantes y literatos que un poco más adelante trascendería realmente bajo su nuevo nombre: Casa Genin, en la que aparecen varios personajes que no harían un mal elenco para una versión local del libro de Edith Sitwell: el crítico dandy Manuel Puga y Acal y Francisco Olaguíbel, el barón Maillfert, Francisco Cosmes, Gustavo Gostkowski y Alfredo Bablot, el poeta francés del inframundo azteca Augusto Genin y el célebre Henri Henriot, quien editaba *Le Petit Gaulois*, y Manuel Gutiérrez Nájera, “el Duque Job”, con su habitual flor en la solapa, el puro en los labios y el sombrero de seda.<sup>41</sup> Se trata del grupo de amigos y conocidos de Castera, un pequeño escándalo ambulante en esa ciudad que aún no dejaba de ser de remedios y rezaderas de manos crispadas, de óleos parroquiales y cantos de gallos que se mezclan con el silbato remotísimo de una fábrica y la estridencia del acero del tranvía más lento. En compañía de estos personajes tomaron forma y crecieron muchas de las ideas de Castera. Eran sus amigos, no obstante que alguna vez llegó a pensar que los había enterrado a todos. Es un grupo que sin conocer necesariamente las palabras de John Stuart Mill sobre la importancia civil y el peso moral de la excentricidad les han dado vigencia, buen tono, actualidad y un poco de gloria en el cambio de siglo: es deseable, para acabar con la tiranía, que la gente sea excéntrica.

Lo anterior apenas es una parte de la herencia de Castera, una parte de cuanto ocurrió. Imposible dilucidar todo aquello que se nos ha dado. Un extraño incluso para sí, Castera tiene la mirada perdida en cualquier imagen o en la transparencia del cristal de la ciudad.

## Notas

<sup>1</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos. Obras completas I*, México, CNCA, 1992, p. 467. Guillermo Tovar de Teresa, *La ciudad de los palacios. Crónica de un patrimonio perdido*, México, Fundación Cultural Televisa / Vuelta, 3a. ed., México, 1992, t. II, pp. 164-167.

<sup>2</sup> Luis G. Iza, "Entre dos lunes", *El Lunes*, 9 de septiembre de 1883.

<sup>3</sup> Rubén M. Campos, *El bar. La vida literaria de México en 1900*, prólogo de Serge I. Saïtzeff, México, UNAM (Colección Ida y Regreso al Siglo XIX), 1996, pp. 43-55.

<sup>4</sup> "Miniaturas literarias. Pedro Castera", *El Lunes*, 9 de enero de 1882; "Pedro Castera", *El Rasca-tripas*, 3 de diciembre de 1882.

<sup>5</sup> V.S. Pritchett, "The Dean", en *The Complete Essays*, Londres, Chatto & Windus, 1991, p. 114.

<sup>6</sup> Hasta aquí, la mayor parte de la información proviene de un útil artículo de Gonzalo Peña Troncoso, "Pedro Castera", *Revista de Oriente*, abril de 1934, citado por Luis Mario Schneider; del prólogo de Carlos González Peña a *Carmen*, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos), 1959; y de Luis Mario Schneider, "Pedro Castera: un delirante del siglo XIX", prólogo que empleó tanto en su antología de la obra de Castera, *Impresiones y recuerdos. Las minas y los mineros, Los maduros, Dramas de un corazón, Querens*, México, Patria (Colección Clásicos Patria), 1987, como en el Castera de la útil colección Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 104, el cual incluye *Las minas y los mineros* y *Querens*, México, UNAM, 1987.

<sup>7</sup> "Persecuciones", *La Luz en México*, 8 de marzo de 1873, p. 3.

<sup>8</sup> Guillermo Prieto, "Después de la derrota", *Obras completas XXV (Periodismo político y social, 5)*, México, CNCA, p. 89. *La Luz en México*, 23 de enero de 1873. *La Ilustración Espírita* empezó a circular en la ciudad de México el 15 de febrero de 1872.

<sup>9</sup> *La Luz en México*, 30 de marzo de 1873.

<sup>10</sup> "Cuadro sinóptico de los círculos y sociedades que han reconocido a la Sociedad Espírita Central de la República", *La Ilustración Espírita*, 1 de marzo de 1875.

<sup>11</sup> Henry Waswordth Longfellow, "Huellas de los ángeles", traducción de Manuel de Olaguibel, *La Ilustración Espírita*, 15 de septiembre de 1873.

<sup>12</sup> Para finalizar esta "profesión de fe", Castera advertía que siendo él mismo un médium firmaría con su nombre las comunicaciones obtenidas y publicadas —para entonces había sacado varias *La Ilustración Espírita*— "siendo yo el único responsable de las ideas que en ellas viertan los Espíritus", *La Ilustración Espírita*, 15 de diciembre de 1872.

<sup>13</sup> Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991, pp. 112-118.

<sup>14</sup> Parte de los materiales de esta sesión del Liceo Hidalgo, así como las observaciones de Francisco Pimentel y el acta de su secretario, Vicente U. Alcaraz, en *El Federalista. Edición literaria*, 25 de abril de 1875. El discurso de Ignacio Ramírez, "Espiritismo y materialismo", en la misma edición de *El Federalista*, 6 de junio de 1875. Véase también la opinión de Justo Sierra en *El Eco de Ambos Mundos*, 4 de abril de 1875. En los números de mayo, junio y julio de 1875 de *La Ilustración Espírita* se comentó abundantemente el debate.

<sup>15</sup> El 15 de abril de 1873, *La Ilustración Espírita* reprodujo el poema "Ante un cadáver" de Francisco G. Cosmes, y Santiago Sierra comentó al calco lo que se cita.

<sup>16</sup> Laureana Wright de Kleinhans, "A la memoria del poeta Juan Díaz Covarrubias", *El Federalista. Edición literaria*, 12 de octubre de 1873. Para mayor información sobre Laureana Wright véanse los dos primeros capítulos de la tesis doctoral de Ruth Gabriela Cano Ortega, "De la Escuela Nacional de Altos Estudios a la Facultad de Filosofía y Letras. Un proceso de feminización, 1910-1929", UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1996.

<sup>17</sup> Henri Lacroix, "Masonería, espiritismo y liberalismo", *La Ilustración Espírita*, 1 de julio de 1891.

<sup>18</sup> Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana, Colección Porfirio Díaz, carta del presidente Porfirio Díaz a Guillermo Prieto, 31 de julio de 1880, legajo 5, caja 3, documento 1174. Para una poca más información en este mismo sentido remito a "El Duque Job en los misteriosos teatros del poder", mi contribución a la *Memoria "Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo"*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 5), 1996, pp. 291-300.

<sup>19</sup> Santiago Sierra, "Los fueros de la prensa. Exageraciones y verdades. El remedio privado y el remedio público", en "Cosas del día", *La Libertad*, 25 de marzo de 1880.

<sup>20</sup> Santiago Sierra, "En la muerte de un loro", *La Ilustración Espírita*, 1 de octubre de 1873. Ireneo Paz tenía su genio. En las páginas de *La Patria*, el 14 de abril de 1881, se afirmó también que Pedro Castera, "el joven y ardiente literato", viajaría a Barcelona, a cuenta de la Tesorería Nacional, para supervisar la impresión de una obra titulada *Cuentos mineros*. A lo cual comentó *La República* el 17 de abril:

Nuestro colega no ha dado completa la noticia, pues la Tesorería de la Nación no se ha limitado a eso, sino que ha influido poderosamente con la dirección de la Lotería de Madrid para que nuestro compañero obtenga el próximo premio mayor de 50,000 pesos; ha conseguido también que una risueña, espiritual y encantadora polla, heredera

de Crespo, conceda su mano a nuestro repetido compañero; y por último, la misma Tesorería ha conseguido para él la gloria eterna.

¡Oh, magnánima y benéfica Tesorería!

Cuánto suspirará *La Patria* por estas gangas, si no es que ya también disfruta de ellas.

<sup>21</sup> “Una predicción cumplida”, *La Ilustración Esprita*, 15 de agosto de 1873.

<sup>22</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Revistas literarias de México”, en *Obras completas XII (Escritos de literatura y arte, 1)*, México, SEP, 1988, p. 39.

<sup>23</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Prólogo a *Las minas y los mineros de Pedro Castera*”, en *Obras completas XIII (Escritos de literatura y arte, 2)*, México, SEP, 1988, pp. 236-247.

<sup>24</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “La literatura en 1870”, en *Obras completas XII, op. cit.*, p. 236.

<sup>25</sup> S/f, “María”, *El Diario del Hogar*, 15 de septiembre de 1882. A propósito de las ediciones mexicanas de *María*, Jorge Isaacs le dijo a Justo Sierra, en carta fechada el 19 de marzo de 1899, “que en México se han hecho ya catorce ediciones [...] y las hechas en los demás países de Hispanoamérica, sin contar éste [Colombia], pasan de veinticinco”, reproducido en “Cartas de Jorge Isaacs”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Letras Mexicanas), 1956, t. IV, pp. 327-337.

<sup>26</sup> Las citas provienen del prólogo de Carlos González Peña a su edición de *Carmen* (Colección de Escritores Mexicanos), México, Porrúa, 1950, pp. 7-15.

<sup>27</sup> S/f, “Consejos del tiempo”, *La República*, 26 de marzo de 1881.

<sup>28</sup> Leon Edel, *Henry James. A Life*, Nueva York, Harper & Row, 1985, pp. 124-125.

<sup>29</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo Beneficencia Pública, expediente San Hipólito.

<sup>30</sup> Marqués d’Equevilley, “Visita a Pedro Castera”, *El Jueves*, 1 de noviembre de 1883.

<sup>31</sup> Fernando Rozensweig, “Moneda y bancos”, en *Historia moderna de México. Vida económica*, t. I, México, Hermes, 1967.

<sup>32</sup> Marqués d’Equevilley, “Segunda visita a Pedro Castera”, *El Lunes*, 2 de diciembre de 1883.

<sup>33</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “La evangelista”, en *Obras completas XIV (Escritos de literatura y arte, 3)*, México, SEP, 1989, p. 66.

<sup>34</sup> S/f, “El señor don Pedro Castera”, *El Lunes*, 4 de noviembre de 1883; s/f, “Pedro Castera”, *El Lunes*, 9 de junio de 1884.

<sup>35</sup> Rubén M. Campos, *El bar. La vida literaria en México en 1900, op. cit.*, p. 57.

<sup>36</sup> Escobilla, “Barridos. Extravagantes”, *El Universal*, 16 de febrero de 1890.

<sup>37</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos, op. cit.*, pp. 152-159. Manuel Gutiérrez Nájera, “Una literatura muy sudada”, en Rafael Pérez Gay, *Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Cal y Arena (Colección Los Imprescindibles), 1996, pp. 70-71.

<sup>38</sup> José Juan Tablada, *La feria de la vida*, México, CNCA (Lecturas Mexicanas, 22), 1991, pp. 154-155.

<sup>39</sup> Artemio de Valle Arizpe, *Anecdotario de Manuel José Othón*, México, Diana, 1980, pp. 52-53, 114-116, 118-120.

<sup>40</sup> Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, México, CNCA (Colección Memorias Mexicanas), 1996, t. I, p. 289.

<sup>41</sup> José Juan Tablada, *La feria de la vida, op. cit.*, pp. 110-112; y José Juan Tablada, *Las sombras largas*, México, CNCA (Lecturas Mexicanas, 52), 1993, pp. 17, 294-295.

